

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.ª—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Ricardo Mella

La tristeza de vivir

Canten otros «la alegría de vivir». Quien ha visto siempre de frente la vida, quien lleva en los labios continuamente la sonrisa y el alborozo del colegial, incapaz de sostener diez minutos seguidos un sentimiento penoso, quiere cantar hoy la tristeza de vivir.

Contra las profecías infundadas de un amigo, no tengo nada de hipocondríaco; mis horas tristes pertenecen á los veinte años, cuando al caer de la tarde venían sobre mí las melancolías de la *terriña*, las dulces melancolías que me arrancaban hondas canciones. Ahora, ahora, ya entradito en años, no queda más que el disgusto de que no vengan aquellas melancolías con igual intensidad. Después, si alcanzo la vejez, volveré acaso á las murrias de mozalvete, pero no seré jamás un pesimista ni teórica ni prácticamente. Salud, sobre todo, para ver y saber.

No me siento de ningún modo Schopenhauer y, sin embargo, pienso muchas veces como él, «que no vale la pena de vivir».

¿Soy pesimista? ¿Soy optimista? ¡Horror me dan las teorías! No soy ni lo uno ni lo otro: miro simplemente de frente á la vida, entiéndase á la vida tal cual es; sueño luego la vida posible y deseable, la vida digna de ser vivida,

y se me atraganta la forzada tesis de la alegría de vivir.

La tristeza de vivir es lo firme para un alma que siente y un cerebro que piensa. ¿Hay más feroz tortura que la de llevar en la sangre todos los anhelos del bien, de la justicia, del amor y quemarse al contacto de todas las maldades, de todas las injusticias, de todos los odios? Se necesita vivir muy para sí mismo, casi en los términos de lo imposible, ó ser muy bestia para cantar la alegría de vivir.

Mirad á la vida privada: nada hay que no esté tocado, envenenado por la envidia, por los celos, hasta por el rencor. Las más bajas pasiones, los vicios más puercos, los sentimientos más degradantes nos empujan sigilosamente en una guerra despiadada de víboras, á dentellones con toda humana razón, con toda humana bondad. Si queréis permanecer puro y sano, os despedazan á mansalva y sin compasión. Ni aun se consiente ser bueno. Y cuando os habéis imaginado en posesión de una conciencia elevada, de una conducta severa, reparáis, á lo mejor, que muerde allá dentro cobardemente el mal, la bajeza, la basura hereditaria de universal patrimonio. Entonces os sube la amargura á los labios y exclamáis: «no vale la pena de vivir».

¡Qué terrible lucha! Forcejear constantemente contra sí mismo; atreverse á pasar desdeñoso sobre las miserias ajenas; pelear contra todo y contra todos y verse de pronto cogido en las redes de la propia mezquindad, de la propia pequeñez, ¡no hay optimismo que no ceda y claudique!

Sí; por la vida digna de ser vivida hay que cantar la tristeza de vivir. La tristeza mental, la tristeza de la razón, que cae como nube funeraria sobre las carcajadas de la carne, del organismo entero que quiere expansionarse sin importarle un ardite del dolor y de la miseria ajenas.

Ampliad un poco el círculo de observación. El mundo político, el mundo de las ideas (?), el mundo literario y artístico, el gran mundo del trabajo, ¿que os parecen?

Los hombres aseméjense á muñecos de resorte que repiten la consabida frase ó la aplauden estrepitosamente. No hablemos de las mezquindades, de las farsas, de las ambiciones, de los crímenes ostensibles de la vida pública. Es moneda corriente que no quita ni pone á la honorabilidad de los señores del margen. ¡Qué gran vergüenza haber llegado á tal extremo!

Fábricas de programas, de doctrinas, de teorías, como las de quincalla barata, están dirigidas por las eminencias más afamadas. Cada prógimo se aferra á su tesis y trepa por la escalera sin fin de la audacia de vivir, de vivir á toda costa, al precio de la indignidad, del engaño, de la expoliación, hasta del robo y del asesinato. ¡Oh, la alegría de vivir!

Y no sólo los directores. La multitud imita, sino es que obra por impulso propio de la propia manera. La multitud, todos, adopta su postura, elige su *filosofía* y gravemente, seriamente, lucha á brazo partido por lo mejor de lo mejor: una patarata aprendida de carretilla en cualquier sosaina letanía del

primer tunante á quien plugo enseñar las artes especiales de su especial quiromanía.

Lo esencial es atrapar un nombre, darse una doctrina, encasillarse, ostentar una etiqueta y jugar luego á los partidos, á las escuelas, á las iglesias. ¿Convicción, creencias, fe, sinceridad? ¡Bah! La inmensa mayoría ni se cuida de encubrir el engaño. No se juega á todas esas cosas *inocentemente*. Cada uno vá impulsado por ambición, por envidia, por codicia, y las más ruines pasiones son el motor verdadero de toda agitación.

Más ahí están los artistas, los grandes artistas para embellecer la vida. ¡Qué enorme montón de torpezas, de amasijos bárbaramente preparados! Ellos también trepan como pueden por la empinada cuesta. Cantan el asesinato colectivo postrándose á los pies del Cesar triunfante; pintan las excelencias de la vida de rebaño; dirigen salmos al poderoso é himnos gloriosos á las sanguinarias hazañas de los aventureros de la patria; tienen sus dioses, sus sacerdotes y hasta sus eunucos. Son tan inmensamente grandes que al menor rasguño de la envidia se desnudan ante el respetable público y muestran el horrible esqueleto carcomido, agujereado, polvoriento ya. Y entonces, ellos también procuran atrapar una etiqueta y, una vez atrapada, batallan denodadamente por el realismo, por el romanticismo, por el decadentismo y también... por el esteticismo. En *The struggle for life*, digámoslo en inglés para mayor claridad, ello es necesario para alcanzar las cumbres de la gloria. Y á la verdad, y á la justicia y á la humanidad, ¡que las parta un rayo!

Perdona, lector, que no concluya todavía. Estoy en vena de que me zurren los que cantan la alegría de vivir.

Espera un poco, que ahora le toca el turno á la gran colmena social, al mundo del trabajo. ¿Ves todos esos borregos que van y vienen de la fábrica á la pocil-

ga, del sembrado á la cueva, de la buhardilla á la oficina? Pobres maniqués que trabajan como bestias, ¡y que cobardes son! Pues ellos también tienen su corazóncito. Ahora, en el gran vendabal socialista, siguen á los otros, á los fabricantes de programas y de doctrinas, juegan á los comités y á las elecciones. De vez en cuando corre la sangre: se dejan asesinar como mansos. Es que la alegría de vivir los arrastra á la locura. ¡Y cuantas, y cuantas bajas ambiciones, cuantas pobreza, cuantas sordas contiendas por pasar delante en la peligrosa ascensión por la escalera del deseo! Los jefes, los directores, los que charlan bonitamente en las reuniones, los que despotrican en los periódicos, adoptan así mismo su postura correspondiente y, por la emancipación social de los pobres, á los pobres dividen por el eje llevándolos al fangal de la lucha miserable en que sólo se debaten las ruines ambiciones, las codicias innobles.

Si, como ha dicho no sé quien, es burgués el que piensa bajamente, ¡todo es burgués en el mundo que tenemos la alegría de vivir!

Ya sé, ya sé que no es solamente basura lo que rebosa del pozo. Hay hombres enteros, verdaderamente grandes; hombres de fe y de sinceridad así entre los que descuellan por su genio y por su talento como entre los humildes que vegetan en el silencio, ignorados del todo; hay hombres, hombres de verdad, en cualquier parte. Para éstos precisamente es la tristeza de vivir, la tristeza mental, de la razón. Para estos en la tristeza de vivir porque la realidad malsana en que se mueven ahoga toda su potencia vigorosa de bondad y de justicia. ¿Cómo podrían entregarse á la alegría intelectual, si todo lo que perdura en derredor es deleznable y vergonzoso? Su refugio es

la lucha, la lucha por el bien, por la regeneración del hombre, por la renovación del mundo. Pero la lucha es dolor, es tristeza, es forzamiento brutal de la propia bondad, de la justicia bien sentida. Y, pues, luchar equivale á dolor, la tristeza de vivir, por fecunda que sea en el hombre de bien, es fatalmente la carcoma del corazón y del cerebro.

Repugna, cuando se posee una sensibilidad medianamente desenvuelta, el contacto con todas las porquerías de la vida privada y de la vida pública. Asquea el estómago el continuo rozamiento con la honorabilidad mentida, la justicia ficticia, el amor afectado, la amistad simulada. ¡Desdichado el que va por el mundo en la confianza de su natural bondadoso y recto! Cada desengaño será un hierro candente que le achicharrará la carne. Y los desengaños, uno tras otro, le llevarán lentamente, lentamente á la tristeza de vivir.

¿Revolverse contra el mal? ¡Oh, sí; es necesario! Allá, en la lejanía, asoma el sol fulgente de la nueva vida, la vida digna de ser vivida. La multitud que se refocila en las suciedades de una existencia vergonzosa, la degradada por el azuzamiento de la codicia, de la ambición, de la envidia, de los celos, del odio y del rencor, vendrá á los senderos de la justicia y del amor, porque en cada hombre palpita el anhelo de renovación sostenido por la llama del bien, medio apagada en el transcurso del tiempo infame que nos condujo á la vil y actual negación de nosotros mismos.

Esta vida que algunos quieren que nos inspire la alegría de vivir, trae á mi pluma una palabra sucia...

Perdona, lector; no osaré escribirla. Es la alegría de vivir que estuvo á punto de tornarme grosero.



El lado fósil del socialismo contemporáneo

(Continuación)

Toda la obra científica de Carlos Marx está basada en este doble sentido, en la doble función que atribuye á los antecedentes y á los hechos especiales de la explotación capitalista y á aquella explotación de segunda mano como el comercio, la política, etc., á veces descuidándolos por necesidad de simplificación, á veces insistiendo en ellos por necesidad de demostración. Por esto la legislación inglesa sobre las fábricas, que el autor invoca en cada página, está situada en el libro de modo singular: tan pronto prueba la usurpación del capital en detrimento del trabajo, como la usurpación del trabajo en detrimento del capital.

La importancia de legislación semejante es para él un argumento y una existencia. La defiende contra los sofismas de los industriales, pero concluye afirmando el antagonismo absoluto entre los intereses de los capitalistas y los de los trabajadores.

En fin, después de haber derrotado por completo la Economía política, predica la adaptación de la forma de producción actual al régimen comunista: el *statu quo* suprimido el capitalista. La Economía quedaba vengada.



Se dice que los discípulos están destinados, precisamente porque son discípulos, á exagerar los defectos de los maestros.

Ciertas partes secundarias de la explotación capitalista, como, exceso de la jornada de trabajo sobre la necesidad de la conservación de la fuerza del trabajo, explotación de las mujeres y de los niños, sustitución de las máquinas al hombre, fragmentación mejor que subdivisión del trabajo y cooperación de

fábrica, etc., y, en el campo comercial, superabundancia periódica del mercado, especulación, agio, adulteración de los productos, monopolio, etc., todo esto es inevitable é incorregible.

Se trata de cosas de tal modo enlazadas con el sistema, carne de su carne, y sangre de su sangre, que es imposible enmendarlas sensiblemente sin destruir todo su sistema. Sin semejante ayuda, sin esta continua alimentación, el capital no viviría siquiera un día; la industria y el comercio se paralizarían.

Esto hace que el problema sea insoluble y condena *à priori* á un fracaso toda tentativa encaminada á poner un freno á la explotación capitalista. En cambio, los marxistas han concebido un plan de remedios para todas las formas y minucias de la explotación. Todo está previsto, cada abuso encuentra un freno (1). Si todos estos reglamentos rebosantes de multas, meses de cárcel, inspecciones y prohibiciones, que no concluyen nunca, fuesen publicados, ó mejor dicho, si volvieran á publicarse, ya que la reglamentación del trabajo no es nueva en la historia, no tan sólo el sistema económico actual, sino cualquier otro, sería imposible.

Hagamos notar de paso, que, llegado á este punto, el materialismo económico entra en conflicto con el carácter científico del socialismo marxista. El *minimum* del salario, el límite de duración del trabajo, como también las prescripciones higiénicas en los talleres, etc., no son de ningún modo impuestas por las

(1) Véase el *Programa definitivo del partido obrero francés, su historia*, etc., de J. Guesde y P. Lafargue (París 1883), y los resúmenes del Congreso Internacional posibilista y marxista de París, 1889.

leyes inmanentes de la economía. Ésta no se preocupa para nada, por ejemplo, de la suerte de las mujeres y de los niños, mientras haya siempre abundancia de carne humana que utilizar.

Es necesario reconocer, por lo tanto, que poco á poco comienzan á insinuarse consideraciones de orden moral en la filosofía marxista, al mismo tiempo que el fatalismo económico se va sustituyendo por una creciente confianza en el Estado.

Por lo demás, las reformas preconizadas por el marxismo son consideradas tan solo como un medio de agitación, como una provocación á la lucha. La revolución vendrá después.

El axioma de Marx es que «la socialización del trabajo y la concentración de sus energías» se producirán durante el período capitalista. «Los elementos materiales é intelectuales de la forma colectivista de la propiedad están constituidos por el mismo desarrollo de la sociedad capitalista» (1). *La cosa es ya un hecho consumado*, escribe ingenuamente Guesde (2). «La producción individual cede cada día más el paso á la forma de Sociedades y Compañías anónimas, á una especie de propiedad colectiva» (3). Estas Compañías anónimas, como también los monopolios del correo, de los telégrafos, de los ferrocarriles, etc., de los cuales se han apoderado ciertos Estados, ¡cuántos madrigales no han inspirado á los socialistas autoritarios!

De este modo ya no quedaría para corregir sino los efectos de la intrusión del capitalista; con poner de lado al

parásito todo estaría terminado. Trátase únicamente de que se eche atrás el capitalista, el cual, hasta el presente, ha mantenido á distancia al obrero, ó como ha dicho un poeta socialista inglés, *cambiar la mesa de sitio*, sustituir el tercer estado por el cuarto, aún á trueque de colocarse sobre un terreno sin fin.

El mérito, y al propio tiempo el desmérito de la doctrina marxista, lo que le da aires de triunfo y ocasionará su abandono, es su incomparable *simplicidad*. Lucha de clases, conquista del poder por el proletariado, expropiación del capitalista: he aquí la serie progresiva del marxismo.

Presentándose la lucha de clases como fatal, es el único propulsor histórico (1). «La ley del progreso económico es la expropiación» (2).

El capitalista ha expropiado y expropia al obrero y al campesino. El obrero y el campesino expropiarán al capitalista. Ley del talión, lógica del pecado original, *divinidad del hecho*. Lo que provoca y determina el conflicto es la acumulación de los efectos de la expropiación en cualquier período histórico. Hoy es la polarización de la riqueza de un lado de la sociedad, y del opuesto la miseria.

Pero esta centralización ¿se ha confirmado? ¿Es indefinida? ¿Es verdad que el obrero sea más miserable que cincuenta años atrás? ¿Es verdad que la producción y el comercio se centralizan cada día más, especializándose como profetizaron Marx y la Economía política? (3). ¿Acaso

(1) Véase el Programa citado.

(2) «Lo que permitirá al proletariado, dueño del poder, poner los instrumentos del trabajo industrial y comercial á disposición de la nación obrera, es que, si así puedo expresarme, *la cosa es ya un hecho consumado*.» (Guesde: *Services publics*, pág. 24).

(3) Id. pág. 10.

(1) Engels, en su *Origen de la familia, de la Propiedad y del Estado*, (edición alemana de 1884), presenta como fuerza motriz de la evolución, la necesidad de la producción (económica) y de la reproducción (de las especies). Desviado de este modo de una homonimia se contradice y refuta él mismo.

(2) Guesde, obra citada, pág. 20.

(3) Kropotkin ha dado cifras muy demostrativas

la extensión de la maquinaria no ha llegado á su apogeo y no ha comenzado ya el trabajo con la máquina á domicilio que hace independiente al obrero?

Estos son problemas que esperan su solución del porvenir, pero tales como hoy se presentan constituyen por sí mismos una formidable objeción al marxismo. Los laureles que éste ha conquistado en el campo de batalla principian á marchitarse.

Además, el feudalismo capitalista no toleraría un monarca absoluto. En la cima de la economía, como de la inteligencia, reinan la independencia y el libre acuerdo. En la parte más baja de la escala no se produce de ningún modo la concentración. El campo de la competencia internacional se ensancha. Otros pueblos, otras clases, otra humanidad, llegan para tomar parte en la lucha por la vida. Fuerzas extrañas á la Economía entran en liza: el desarrollo intelectual, la emigración de los campesinos hacia la ciudad, la fraternización creciente de los pueblos, la Ciencia que ofrece al hombre nuevas armas y despierta en él necesidades de orden superior, todas estas fuerzas dan cada una su empujón.

El bienestar es un aliado del progreso, por lo menos tan poderoso como la miseria, convertida por los marxistas en *bene suada fames*. Del propio modo la conciencia moral que se va formando en las clases obreras, es otro aliado del progreso como el mismo bienestar moral.

Siendo la teoría marxista de un relativismo desolador, su momento psicológico tiene que pasar pronto. La preponderancia que durante el siglo XIX ha adquirido la cuestión económica sobre todas las demás, por el acrecentamiento

rápido de las riquezas y la conversión en mercancías de los medios de producción una vez inmovilizados en manos de los que las poseían, toca á su término.

Se determina un movimiento político y científico procedente de los más profundos escondrijos de la organización social presente, y en su torbellino arrastra todas las instituciones de nuestro tiempo. La Sociología, la Ciencia política, la Historia, la Etnografía, la Paleontología, la Antropología criminal, la Moral, presentan cada día problemas nuevos y ofrecen nuevas armas de combate á los defensores y á los adversarios de la sociedad actual.

El campo de batalla se ensancha de este modo para todos; únicamente los marxistas permanecen aferrados á la teoría del capital y del mayor-valor (*plus-value*), como un viejo inglés se aferra á su Biblia. «De todas las clases subsistentes hoy enfrente de la Burguesía, únicamente el proletariado forma una clase realmente revolucionaria. Las demás perecen y se extinguen ante la grande Industria» (1).



Este apartamiento de la clase obrera de todo el resto de la sociedad podía ser útil y necesario en principio cuando el proletariado se puso en marcha por el camino del progreso, pero fué un error perseverar en semejante separación.

La Internacional se ocupó tan sólo de la emancipación del trabajador. Los marxistas han dulcificado la fórmula y la dificultad, proclamando que «la emancipación de la clase productora (no se dice ya, de los obreros) será la de todos los seres humanos», lo cual es verdad, pero únicamente relativa á la cuestión exclusivamente económica.

Pero, no obstante, han insistido sobre

sobre la descentralización industrial y comercial en Europa en su estudio: *la bancarrota del sistema industrial*, publicado en la *Nineteenth Century* de Londres, en la *Société Nouvelle* de Bruselas y en la *Rivista Popolare* de Roma.

(1) *Manifiesto de los comunistas*, Marx y Engels, 1847.

la «separación de las clases en todos los terrenos, y guerra de clases para llegar á suprimirlas» (1), y han pretendido además, «transportar sobre el terreno político (léase electoral) el antagonismo de intereses existente en el taller entre asalariados y patronos» (2).

Han llamado á sus elegidos «obuses lanzados en los Municipios de la Burguesía».

¡Nunca tal hicieran! Los obreros les han tomado la palabra y han comenzado desconfiando de sus propios catequizadores. Ejemplo: el exclusivismo de los partidos obreros en diferentes países. De hecho ¿por qué no se ha efectuado nunca la unión socialista en Francia? No ciertamente por diversidad de programa, sino por la pretensión de cada fracción á ser la única representante de la clase obrera organizada.

¡Qué importa que detrás de esta clase exista la multitud de los obreros no organizados é inorganizables por su miseria é ignorancia! ¡Qué importa que delante y en los flancos de esta clase organizada, haya los libres combatientes salidos de las filas de la burguesía, unidos á los obreros por sentimientos é intereses verdaderamente económicos!

Organización de la clase obrera—había dicho Marx—; Obreros de todo el mundo: uníos! ¿Pero qué es lo que se entiende por organización? ¿Las Sociedades de Socorro Mutuo no son una forma de ella? ¿Son, acaso, las Ligas de Resistencia, las Cámaras del Trabajo, las Sociedades de Oficio, las *Trades-Unions*? No. Por organización se entendió la organización política «para la conquista del poder,» salvo con contentarse provisoriamente con la conquista de los municipios, y disputar sobre palabras, como candidatura de clase ó candidatura obrera.

(1) Logogrifo propuesto por Deville en su *Aperçu sur le Socialisme Scientifique*, pág. 10.

(2) *Le programme définitif*, pág. 9.

Después de tantas fanfarronadas los marxistas se han alejado del objetivo revolucionario para dar de bruces en el camino del parlamentarismo *Sic transit...* y lo que sigue.

«Para defenderse contra la «serpiente de la propia tortura» es necesario que los obreros formen una sola cabeza y un solo corazón; que con un gran esfuerzo colectivo, *con una presión de clase*, levanten una barrera infranqueable, un obstáculo social que *les prohiba* venderse «por libre contrato» al Capital, tanto ellos como sus propios hijos» (1).

¡Qué los obreros se prohibieran á sí mismos venderse libremente! En estas líneas estaba escrita toda la impotencia de la Internacional y de los Partidos Obreros que la han sucedido.



Pero esto no basta. Según Marx, la clase obrera tiene la misión histórica de reformar completamente la sociedad; es una misión que le está reservada y que realizará adueñándose del poder político, y una vez dueña del poder, cesará de existir como clase. ¡Parece una fantasmagoría! Y sin embargo, Marx y Engels nos enseñaron en su Manifiesto Comunista de 1847, que, «si el proletariado... se convertirá en clase dominante por medio de una revolución y como á tal suprimirá por la fuerza las antiguas condiciones de producción, *suprimiendo por esto mismo* las circunstancias que hacen posibles los conflictos de clase y *suprimirá al propio tiempo su PROPIA DOMINACIÓN COMO CLASE*» (2).

¡He aquí á que paradoja nos conduce el simplicismo marxista! Á una absurda

(1) Marx, *Capital*, pág. 130, edic. francesa.

(2) El primer acto con que el Estado se constituirá realmente en representante de toda la Sociedad—la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la Sociedad—será al mismo tiempo su último acto como Estado. El gobierno de las personas cederá el puesto á la Administración de las cosas. (Engels, *Social. utópico y Social. científico.*)

concesión del suicidio de la clase trabajadora, al apogeo de su poderío.

¿Se ha visto alguna vez en la historia algo semejante? ¿Se ha visto alguna vez á una entera clase, aunque sea poco numerosa (como lo serán relativamente los obreros organizados en el momento de la revolución), suicidarse como un vulgar amante traicionado ó como un simple particular después de una quiebra? La utopía salta á la vista del más ingénuo.

Los jefes de la clase obrera organizada se apoderarán del poder, organizarán el trabajo, los servicios públicos, una administración y una burocracia y sabrán introducir, por medio de impuestos ó análogos, en la distribución de los

productos del trabajo, distinciones y desigualdades correspondientes á las que pasarán entre sus respectivas funciones y las de los humildes obreros manuales.

De este modo los marxistas franceses, que tienen sangre blanquista en las venas, conciben la revolución. El Partido (el suyo, naturalmente) principiará apoderándose del poder; cada grupo local imitará en su centro esta toma de posesión constituyéndose en poder revolucionario local y nombrando delegados para los diferentes oficios; se armará á los obreros y se les enviará á combatir, y el *partido* permanecerá en el poder apoderándose al propio tiempo de los edificios públicos, bancos, etc.

(Continuará)

Donato Luben

El trabajo base social del derecho

I

Para afirmar y asegurar sólidamente, sobre bases de la más moralizadora é incorruptible justicia, la libertad de los humanos, tras promover, como, desde luego, es consiguiente, la emancipación económica de las clases esclavas, procurará el socialismo la consolidación de su obra redentora, vaciándola en la fórmula solemne de la autonomía individual y de la libre iniciativa á fin de que todos los hombres, redimidos y dignificados, puedan gozar con entera libertad y sosiego del producto íntegro de sus obras y realizar constantemente, en su misma iniciativa y autonomía, radiantes de placer y de ventura, los portentos que les están reservados.

El trabajo, base social del derecho, pues que, según Lerminier, *el derecho es la vida entera*, garantiza á los individuos en el pleno disfrute de todas sus libertades, y en la cooperación volunta-

ria—al asociarse é inteligenciarse libremente para producir y ordenar—encontrarán los hombres del porvenir la clave redentora de poder llenar dignamente sus deberes sociales sin hacer abdicación de su libertad y sin que sufra el más leve detrimento la autonomía del individuo.

El individuo, libre en toda la extensión soberana de su autonomía, para relacionarse con sus semejantes y poder llenar cumplidamente *sus obligaciones sociales*, bajo la égida del socialismo netamente libertario, dispondrá á su discreción de todas sus facultades, fuerzas y aptitudes, asociándose, en la forma y manera que más le convenga y agrade, á la gran obra humana de la producción de la riqueza bajo cualesquiera de sus infinitos aspectos y *pagando* así, mediante la verificación voluntaria de esfuerzos de trabajo útiles al fomento de

la prosperidad material y moral del género humano, los *beneficios, comodidades, afectos y derechos* de que á la sazón goce socialmente, con toda libertad, dignidad é independencia.

Garantizada por el trabajo la autonomía del individuo, siendo el trabajo la base social de todo derecho y libertad, seguros estamos de que, toda injusticia humana, en un régimen cual el régimen socialista, cuyo sustentáculo más firme es el trabajo, será imposible, ya que el trabajo es el manantial copiosísimo de toda grandeza fecunda, la fuente inagotable de toda dicha y bienestar, la emanación poderosa de toda virtud, de toda equidad, alegría y regocijo, el *summum*, en fin, de toda rehabilitación y exaltación humanas.

La sociedad comunista por cuyo advenimiento abogamos, proporcionará al individuo el disfrute libérrimo de todo género de derechos morales, intelectuales y materiales, de instrucción, de nutrición y de recreo; y el individuo, en justa reciprocidad, dará á la sociedad, voluntaria y libremente, todos los esfuerzos latentes en su sér, todas las energías de su potencia física y todos los destellos invadores que irradiar puedan de su cerebro. Así, cooperando á la producción del bien general, podrá el hombre emancipado proclamarse libre y gozar, alegre y dignamente, de la vida, sin hacerse daño á sí mismo, ni hacerlo á los demás, viviendo con toda conciencia en *sí y para sí, como fin y no como medio*; en una palabra, desarrollándose augustamente en un buen medio social de absoluta independencia, de amor, de paz y de fraternidad.

La libertad, verdadera profilaxis de todo mal social, no puede emanar de otras fuentes que no sean las puras fuentes copiosísimas de la fecundidad y del trabajo.

Trabajar es *orar*, es dignificarse, es, en fin, ponerse honradamente en condi-

ciones de vivir con altivez serena, como hombre racional y soberano señor de la tierra.

Para eso, para dignificar el mundo, proclamamos los socialistas el trabajo como única base social del derecho, porque del trabajo se desprenden abundantes todo bien, moralidad y belleza y porque sólo en el trabajo vibran armoniosas las notas redentoras de todo lo grande, regenerador y fraternal.



El trabajo es la modificación esencial del derecho, porque el trabajo es el único medio sólido, eficaz, razonable y permanente para relacionar al individuo con la sociedad y viceversa, ya que del trabajo, puro manantial de bienes sociales y humanos, brota la fuente inagotable y perenne de todas las libertades, de todos los goces, afectos y fruiciones y aún de la propia fraternidad, por medio del cambio libre de servicios y de la división fecunda de sus múltiples operaciones. Como que, indudablemente, el trabajo regula todas las complejas relaciones de la actividad, de la inteligencia y del pensamiento.

Síntesis gloriosa de toda moralidad y aún de la propia justicia, ya que lo es de la solidaridad, el trabajo, en la sociedad del porvenir, será el regulador equitativo de toda relación armónica entre el *deber* y el *derecho*, pues que sólo por el trabajo podrá el hombre emancipado llenar cumplidamente la augusta finalidad de su existencia libre, practicando *voluntariamente las imposiciones libérrimas del deber*, para así entrar de lleno, por *derecho propio* y dignamente, en el pleno disfrute de la libertad.

Sociológicamente hablando, el derecho supone la *remuneración de deberes individuales cumplidos ó que se está firmemente resuelto á cumplir*. Es, pues, evidente que el disfrute libérrimo de un derecho individual, trae, ó debe traer,

consigo aparejada á su feliz disfrutario la *obligación indeclinable*, aunque voluntariamente aceptada, del cumplimiento de un deber social.

La sociedad futura, sabiamente inspirada por las justas orientaciones de la moderna ciencia social, informará toda la filosofía del derecho en las armonías del deber, voluntariamente aceptado y practicado por todos los hombres y según convenga al libre desarrollo de la prosperidad general.

Se nos dirá, tal vez, que si reconocemos, desde luego, el derecho indeclinable de los individuos á disfrutar de los bienes sociales libremente y sin tasa, y después dejamos á la libre voluntad individual, el cuidado íntegro de llenar ó no sus deberes sociales mediante el trabajo, nos exponemos á que una parte más ó menos numerosa de los hombres, después de haber disfrutado sendamente de todos sus *derechos sociales*, se nieguen á llenar sus *obligaciones*, alegando para ello que, *en uso de su autonomía, no les place trabajar ni ocuparse en cosa alguna útil*.

Pero á esto objetaremos nosotros, que el hombre no es tan perverso, bajo y haragán como pretenden los partidarios de las medidas coercitivas, del premio y del castigo, y que la dignidad humana está casi siempre interesada—esto hasta en la presente situación de explotaciones y de engaños—*en vivir de sus propios medios*, ya que, ni aún los mismos despojadores del pueblo, tienen á honor confesar públicamente que viven á expensas del sudor ajeno.

Y si esto sucede hoy día, cuando todos seamos trabajadores, y contemos con idénticas facilidades para llenar dignamente nuestros deberes sociales, ¿quién será capaz, no estando loco rematado, de negarse á trabajar voluntariamente sabiendo que el trabajo es el único medio honrado de poder recabar y obtener dignamente toda libertad, bienestar y

consideraciones sociales á que el hombre debe aspirar en un mundo libre viviendo en sí y para sí, como fin y no como medio?

Bajo el actual estado de derecho, la vagancia es un fenómeno social lógico y *naturalísimo*. El trabajo resulta á la hora de ahora el tremendo azote de los trabajadores que viven muriendo entre horribles fatigas, miserias, vejámenes y sinsabores. Trabajar supone en nuestros días condición de inferioridad. La palabra *obrero*, no solamente es sinónimo de evidente pobreza, si que también de ignorancia y de brutalidad.

Un trabajador, no obstante la vigencia de tantas leyes democráticas y de tanto precepto constitucional, es *un cero á la izquierda* que significa muy poca cosa socialmente considerado.

Pasto de la explotación, materia de negocio y pedestal de ambiciosos y de farsantes, la existencia del pueblo obrero es un continuo martirio.

Aquí—este es un dicho vulgar aceptado como axiomático por todo el mundo—aquí el que más trabaja menos gana. Sólo los vagos medran, campan, triunfan y bullen. Y siendo esto evidente de toda evidencia, de una evidencia incontestable, ¿cómo extrañar, pues, que bajo tal estado de cosas la vagancia cunda y que sean muy pocos los hombres verdaderamente heroicos que no aspiren á gozar de sus tiernas dulzuras?...

Pero bajo el régimen socialista á cuya instauración aspiramos, las cosas no serán cual hoy son. Dejará el trabajo de ser un tormento inhumano y un signo de esclavitud evidente, para convertirse en la función más noble, dignificadora y elevada de todas las funciones sociales, y la vagancia se hará imposible por la sola virtud imponderable de ser proclamado el trabajo la única luz suprema que rija los destinos de los hombres libres.

Entonces, dejando el trabajo de estar

sujeto, en la marcha de su desenvolvimiento productor y reproductor, al capricho, á la rutina ó á la conveniencia de la ambición capitalística, tomando nuevas orientaciones y adoptando métodos racionales, progresivos y de fácil adaptación á las necesidades de cada época, país y clima, sujeto únicamente á los accidentes inevitables de las innovaciones útiles al fomento del bien general, el trabajo constituirá el encanto de la vida, un *sport* agradable, y nadie se negará á realizarlo voluntariamente, ya que, como ha dicho, tan sabia cuan elocuentemente, un escritor socialista tan notable como desgraciado, *«el trabajo es el verdadero aliciente del apetito, la única salsa de una buena digestión y la más acertada y provechosa regla higiénica*, porque el trabajo, realizado entre todos con prudente norma (como deseamos los socialistas que se

realice), en la gran división y alternativa de las faenas no resultará, como hoy resulta, improbo ni repulsivo, sino que, por el contrario, constituirá la felicidad y el encanto más placentero y hasta poético que darse pueda de la existencia, al par que de la salud y de la vida...»

Psíquica, moral é intelectualmente hablando, el hombre es el resultado del medio en que vive.

Es, pues, seguro que, cuando se desarrolle en un buen medio, bajo la influencia benéfica de un ambiente de paz, de libertad y de trabajo, de amor, de igualdad y de fraternidad, el hombre quiera ser libre dignamente, trabajando con voluntad y esmerándose, perseverante y digno, para llegar al extremo más elevado de su exaltación intelectual, moral y estética y disponerse á entrar de lleno en el glorioso apogeo de todos sus derechos, libertades y fruiciones.

(Continuará).

Clarence S. Darrow

Crimen y criminales

Conferencia dada á los prisioneros de la cárcel de Chicago.

Si yo considerase las prisiones, los crímenes y los prisioneros como los considera todo el mundo, no vendría aquí á hablaros de este tema. Si vine aquí á tratar la cuestión del crimen, es por la simple razón de que de ningún modo creo, si he de decir la verdad, en el crimen. El crimen, tal como generalmente se comprende, no existe. No creo haya ninguna especie de distinción entre la verdadera condición moral de los individuos encerrados en las cárceles y los que están fuera. Tan buenos son los unos como los otros. Ni los que están aquí, ni los que están fuera de aquí, pueden evitar estar donde están. No creo que las gentes estén en la cárcel porque lo merezcan. Están en ella por la única razón que no pueden

impedirlo, dadas unas circunstancias que son enteramente independientes de su voluntad y de las que no son responsables.

Supongo que muchos de los que están fuera, si pudiesen oírme, dirían que os hago un mal en hablaros como os hablo; pero como el mal no puede ser muy grande, poco importa lo que puedan decir. Las buenas gentes que no están encerradas dirían que os enseño cosas que perjudican á la sociedad, pero yo creo que es muy bueno que de tanto en tanto se escuchen cosas diferentes de las que generalmente oímos de los labios de los predicadores y otros individuos de esta especie. Estos os dirían que es necesario ser buenos para poder ser luego ricos y felices. Sabemos perfectamente que

no se vuelve uno rico siendo bueno tan sólo, y esto explica como hay tantos que procuran enriquecerse de cualquier otro modo prescindiendo de la bondad. Lo que hay es que vosotros no habéis logrado enriqueceros, como han hecho los que están fuera de aquí.

Hay gentes que se imaginan que todo en este mundo es accidental. Pero á decir verdad, el azar no existe nunca. Muchas personas admiten que un gran número de individuos que están en la cárcel no debieran estar en ella. Mi opinión es que nadie debe estar encerrado, que las prisiones no deben existir. Si los individuos que están fuera no fuesen tan ambiciosos y tan cobardes en sus relaciones con los que están encerrados aquí, no existirían instituciones como las cárceles.

No deseo haceros creer que todos los que estáis aquí sois unos ángeles. No os creo ángeles. Sois individuos de todas clases, que vivís como podéis, y evidentemente no muy bien; gentes de toda especie y de todas condiciones y sometidos á todas las circunstancias. En un sentido, cada uno es igualmente bueno é igualmente malo. Dadas las circunstancias, todos hacemos el bien que podemos. Pero tocante á los motivos exactos por los cuales estáis aquí, algunos de vosotros sois culpables y otros no. Unos han cometido este «acto especial» por necesidad de dinero. Otros lo han cometido porque nacieron para cometerlo, lo cual es tan natural en ellos como á mí ser bueno.

La mayoría de vosotros probablemente no tiene nada que decir contra mí y me trataría como hacen las demás personas, acaso mejor de lo que me tratarían los que están fuera, porque vosotros suponéis que yo creo en vosotros y los otros saben que yo no creo en ellos. De todos modos, aunque ninguna animadversión tuviereis contra mi persona, de todos modos me robaríais mi bolsa. No

creo que lo hicieran todos, pero pienso que algunos sí, porque robar es la profesión de algunos de vosotros. Algunos, si hallaren abiertas las puertas de mi casa, entrarían, y si vieran algo de lo que necesitan y no tienen, se lo llevarían, no por odio contra mí, sino porque es su oficio. Creo que la mayoría de vosotros no me robaría mi bolsa; pero sé también que cuando estoy fuera de aquí casi todo el mundo me roba. Algunos de vosotros, cuando tienen necesidad de dinero, desbalian á uno en cualquier esquina, pero cuando yo quiero alumbrar mi habitación ó mi despacho (1), también me roba la compañía del gas haciéndome pagar un dollar por una cosa que vale 25 centavos, y, sin embargo, todos los de la compañía son buena gente; son los pilares de la sociedad y los puntales de la Iglesia, y muy respetables además.

Cuando tomo un tranvía, me roban; pago cinco centavos por un trayecto que solamente vale dos y medio, y esto, simplemente porque un grupo de personajes ha corrompido la legislatura y todos tenemos que pagarle un tributo.

Si no quiero caer en las garras del trust del gas y decido quemar petróleo, entonces quien me roba es Rockefeller, que emplea una parte de su dinero en edificar universidades y sostener iglesias cuya función es enseñarnos á ser buenos.

Algunos de nosotros están aquí por haberse apropiado objetos con un falso pretexto, y sin embargo, tomo un gran periódico del domingo y leo los anuncios de un gran comerciante (*Merchant Prince*) que dicen: «Cinturón de camisas por 39 centavos, valor 3 dollars.»

Cuando leo los anuncios de un periódico veo que todos son un embuste. Si quiero ir á buscar un lugar cualquiera sobre la superficie de la tierra para establecerme, observo que toda la tierra tiene ya su dueño antes de llegar yo y me

(1) El autor es abogado.

dicen: «Fuera de aquí, nadad en el lago, volad por el aire, id donde queráis, pero marchaos de aquí.» Y esto ocurre porque estas gentes propietarias tienen á su favor la policía, las cárceles, los jueces, los abogados, los soldados y todo lo demás para arrojar á todos los que encontraren en sus dominios.

Muchos os dirán que todo esto es verdad, pero que todo esto no os disculpa. Estos hechos no disculpan al hombre que escudriña mis bolsillos y se larga con el billete de cinco dollars que ha encontrado. El hecho que la compañía del gas soborne cada año los miembros de la legislatura y fije de este modo la ley de manera que os veáis obligados á quedar desbaliados; el hecho que las compañías de los ómnibus y las compañías del gas sean los amos de la calle y el hecho que los propietarios posean toda la tierra, dirán las buenas gentes que nada tiene que ver con vosotros...

Veamos si hay alguna relación entre

los crímenes de las clases respetables y vuestra presencia en esta cárcel. Muchos de vosotros están en la prisión porque realmente han cometido un robo con fractura, de noche, en una casa habitada. Muchos están encarcelados porque han robado alguna bagatela. A esto se llama, según el lenguaje de la ley, apoderarse del bien de otra persona. Algunos de vosotros penetraron en un almacén y se llevaron un par de zapatos sin pagarlos. Algunos hay, asimismo, que probablemente han cometido asesinatos. Me es imposible precisar porque estáis aquí cada uno de vosotros. Muchos de vosotros habrán cometido una ú otra de estas cosas sin saber realmente porque las cometieron. Yo creo saber porque las habéis cometido: las cometisteis porque forzosamente teníais que cometerlas. En este momento os parece que podíais elegir entre cometerlas ó no, pero esta elección era imposible por parte vuestra.

(Continuará.)

José B. Burgas

Durante la "Sonata"

Adagio con motto

Quise saber á ciencia cierta qué cosa era el arte exquisito de los privilegiados y en qué consistían esas sesiones *di camera*, dedicadas á la sublime belleza y cuya veneración es un mito; ese snobismo artístico, especie de betún intelectual con que disfraza la burguesía de hoy sus patas de hipopótamo.

La sala de conciertos presentaba un aspecto deslumbrador. Á juzgar por el número de pecheras almidonadas, por los escotes de las mujeres, por los brillantes y por el olor á *pachuli* cualquier reporter rotativo hubiese dicho que se había allí congregado lo mejor de la sociedad.

No obstante, entre la selecta concurrencia que llenaba el local, pudieron reconocer mis ojos á mucho pillo y á mucho imbécil. Descontando cuatro docenas de hombres todos del oficio, conocedores de la técnica musical, que apreciaban el mérito de la composición y las facultades del concertista, las demás personas que formaban el auditorio parecíanme figuras de cartón-piedra sin conciencia siquiera de la *bella mentira* que en su paso por la vida representan.

En el palco presidencial lucía su bastón de mando la primera autoridad gubernativa; su delicado ministerio le impedía embeberse en la *Sonata* que se estaba ejecutando, pues á cada punto entraban policías á mascullarle noticias

al oído. Ocupaba el proscenio un magistrado patilludo, de labios gruesos y frente de gorila; en su semblante cínico, imperturbable, no había huella de emoción alguna; quizás aquella misma tarde había *despachado* á un reo para la última pena y era caso de no desvanecer la gravedad de su carátula. En el anfiteatro presentóse una célebre y hermosa *cocotte* con un traje de raso elegantísimo, cuya aparición fué un suceso para las mujeres honradas, que no se cansaban de dirigirle los impertinentes. En otro palco había, contrastando con la belleza, la representación de la fuerza en la semi-persona de un general hidrópico y candidato á la apoplejía. En el contiguo se veía, no ya ensimismado, sinó materialmente dormido á un prestamista y propietario de la clase de los urbanos, en cuyas casas no admite á familias de trabajadores si no es con anticipo de un año de alquiler. Y, finalmente, en la platea abundaban las niñas cloróticas que aman la música porque no son amadas por los hombres; las mamás con marido y suplente, los *diletanti* melenudos, los corredores de comercio, los abogados, los bolsistas, los médicos y demás *obreros de la inteligencia*, que, á juzgar por el charol de sus botas ó el cosmético de sus bigotes, formaban con los entusiastas devotos del Arte en su acepción más pura.

Scherzo

El *leit motive* se iba desarrollando con brillantez harmónica. Las bellas sonoridades descritas en la partitura de Beethoven se desprendían del magestuoso *Erard*, de gran cola, como un incienso embelesador que obraba á modo de dulce y enervador narcótico en los sentidos del auditorio, en tanto que por los ámbitos del salón vagaba el genio del músico inmortal cabalgando en ondas sonoras de inspirada melodía.

Mi voluntad era entregarme por com-

pletó al ambiente que me envolvía y abismarme enteramente en la idea musical de la *sonata*, pero, no pude, de ninguna manera. En mi alrededor todo distraía la atención de mi espíritu. La tan cacareada misión del arte desmentía á todas aquellas gentes.

El pianista, un mozo rubio, afeminado, de anchas espaldas y pies de ganso, al deslizar sus enormes manos por el teclado, dejando caer en mitad de su pálida frente un hermoso bucle, se me antojaba un estúpido vanidoso que malgastara sin provecho alguno sus cualidades de faquín.

El gobernador, en su palco presidencial, con sus cuchicheos policíacos que trascendían al exterior, velando el sueño de la paz y del orden, en previsión de populares venganzas, me parecía un solemne espantarrajo, un papamoscas sin dientes, feliz en su poder autoritario.

El magistrado, fijos sus ojos sensuales en la hembra más cercana, me hacía suponer cómo se juzgarán en nuestras audiencias los crímenes impulsados por el amor, la noble pasión que eleva y que fecunda.

El general, con su inmensa barriga de rana-madre, medio echado en su asiento, presentaba el aspecto de un héroe caído y moribundo.

El propietario, repasando en su memoria los deshaucios del día siguiente y dando de vez en cuando una gran cabezotada precursora de su dormir tranquilo, tenía todo el tipo del moderno Sancho, amo y señor de las modernas insulas.

Las niñas cloróticas, pegadas á los lentes de sus gemelos ridículos, semejabán ídolos voluptuosos de pan-manteca.

Las afrodisíacas *señoras* de alto porte, desfloradas vergonzantes, me recordaban á sus abortos prematuros y á sus cocheros que tiritaban de frío en la puerta del teatro.

Y todos, bolsistas, fabricantes, *cocottes*, médicos y abogados, fantoches del mundo, sin amor y sin fe, con sus mentidos ideales de suprema belleza, aportaban á mi mente, en abigarrado tropel de espantoso aquellarre, vergüenzas, infamias, injusticias y miserias de gentes que sufren y viven sin pan, sin lumbré... y sin arte.

¡Ah, el arte! El sublime arte que ennoblece se me presentaba, en aquellos instantes de arrobamiento general, como algo parecido al opio y la morfina, que consuelan pero trastornan, que calman los nervios pero *suprimen* conciencia...

Allegro Finale

Y con todo, yo creo en el arte puro, un arte simple ó sencillo, como eficaz preceptor conductivo de nuestros instintos. Y creo en el arte popular no por cuanto tiene de emocional en sí, si nó por las resultantes de esta cualidad emotiva aplicada al bien, y que tiende siempre á expansionarse, como lo demuestra el natural deseo de que nuestros semejantes participen de los goces estéticos que nosotros percibimos.

Además, el arte verdadero, por su

carácter á un tiempo abstracto y fecundo, individualiza las almas en el sentido del trabajo y de su compensación directa, acercándonos á una como felicidad intelectual cuya autonomía anhelan todos los humanos.

La música, según expresión histórica, domestica á las fieras... ¿y con tantos siglos como se ha venido haciendo arte y sublimando su idea para llegar al refinamiento de la música *di camera*, no ha sabido ablandar el corazón del hombre?

¿Es que el sér, escojido ó vulgar, no recibe del arte otra cosa que una sensación de la cual depende la mayor ó menor susceptibilidad de sus fibras?... ¿Es que las emociones estéticas no llegan al fondo del corazón del hombre, para hablarle de algo que fructifique rápidamente en pensamientos ú obras de amor al bien universal?...

Si así no fuera, una de dos: Ó el arte puro, plagado de funestos sentimentalismos es un entorpecedor de las actividades dignas de la humanidad, y hay que maldecirle, ó el burgués que lo propaga en esas farsas *di camera* es un empedernido de castrados ideales; especie de inmundo sapo á quien habría que eliminar, si nó por dañino, por inútil.

Letras de todas partes

D. Manuel Lorenzo D'Ayot, nos describe en poética prosa, en el canto VI de *La Iberiada*, las esplendideces naturales de *Valencia*, sus hechos, sus hombres más significados de su pasado histórico... La dura prosa de la vida real, aplastante, pesada, nacida de una social injusticia, que en todas partes adolora el ánimo del pensador, y que contrasta con tanta maravilla y riquezas naturales, escapa á su imaginación de poeta que se exalta con flores y perfumes y luces y colores... dejando que los sufrimientos de los aplastados se debatan como puedan contra las

instituciones que las engendran. Un soplo de fraternidad palpita, sin embargo, en el capítulo «Germanias,» pero sin finalidad concreta ni determinada. Su *Iberiada* podrá ser una «reforma literaria,» pero no contribuirá gran cosa á la «reforma social» por la que trabajan los pensadores y artistas modernos.

Revista Blanca, de Madrid, ofrece á sus lectores las primicias del libro de Pedro Dorado, *Valor social de leyes y autoridades*. El autor plantea, en la

introducción, el siguiente problema: «si las leyes y las autoridades merecen ser consideradas como instrumentos de bienestar y de progreso, ó, por el contrario, como trabas para los mismos.»

Stakelberg, en su estudio *Sobre los moralistas*, arremete briosamente contra las especulaciones metafísicas á que se han dedicado ciertos socialistas y anarquistas partidarios del neo-cristianismo tolstoiano. El autor ataca el espiritismo del autor de *Resurrección*, que considera embrutecedor y nada encaminado á despertar el espíritu de igualdad de que deberían estar poseídos los hombres.

Zo d'Axa, en el *Ennemi du Peuple*, de París, sigue narrándonos su reciente viaje alrededor del mundo. El original escritor del *Endehors* y de *Feuilles*, se propone, en la narración de su viaje, darnos un estudio crítico sobre el estado de espíritu de los anarquistas de Paterson y las impresiones que le sugirieron la vida de los Doukhobors rusos entre los cuales vivió mucho tiempo.

Vita Italiana, de Milano, revista política, económica, artística y literaria, publica un trabajo de Pirolini sobre el reciente suicidio del ministro Rosano, y un estudio de Galimberti sobre el creciente movimiento cooperativo en Italia.

La Gaceta Médica de Granada, inserta un estudio de S. V. de Castro sobre la *Bioquímica de los Cloruros*. El autor aboga por el sistema de alimentación vegetariano y combate el excesivo uso de la carne.

El Dr. P. Nacher publica un curioso estudio de como se prepara á la juventud de algunas naciones, para el profesorado universitario.

En el *Almanach de la Revolution pour 1904*, en venta á la Redacción de *Temps Nouveaux*, de París, hemos leído: *Crónica Científica*, por Stakelberg; *El Despertar obrero*, por Kropotkine; *El Arte y el pueblo*, por E. Reclús; *Reflexiones*, por Descaves; *La Huelga de Hennebont*, por Bourchet; *La ciudadela campesina*, por Niel; *El Edén reconquistado*, por Girard; *Individualismo y solidaridad*, por Grave.

Recibido:

La Psicología de las religiones, por J. J. Fernández.—*En Anarquía*, por C. Pert.—*Libre examen; El absurdo político*, por Paraf Javal.—*Generación voluntaria*, por P. Robin.—*La anarquía y la iglesia*, por E. Reclús.—*Criterio libertario; El hombre y la sociedad*, por A. Lorenzo.

La Tracción ferroviaria, de Barcelona; *Forum*, de Torino; *Il Libero Pensiero Internazionale*, de Milan, y *La Terro d' Oc*, de Toulouse.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne fara il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

Errata.—En el n.º 3, pág. 44, columna 2.ª, párrafo 3.º, donde dice «libro titular», debe leerse «libro singular».

En el n.º 4, pág. 51, columna 1.ª, párrafo 4.º, donde dice «necrópoli», debe leerse «metrópoli».

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJÓLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA